

Las arenas movedizas de las tecnologías punta

J. A. MARTÍN-PEREDA

El reciente conflicto de transportistas que ha estado sacudiendo las carreteras francesas ha puesto en evidencia la fragilidad que tiene toda nuestra actual civilización. Si en esta ocasión, los causantes han sido los camiones que bloqueaban las carreteras en sus nudos neurálgicos, en anteriores fueron los controladores aéreos, los transportes urbanos, la limpieza de centros públicos o el servicio de bomberos.

Una cosa resulta clara de todos estos hechos: la frágil estructura que posee el entramado global de nuestra sociedad, que queda inerte cuando un grupo no actúa en la manera que está previsto por las leyes marcadas con anterioridad. Sería fácil de imaginar el colapso, a nivel mundial, que se produciría si los principales encargados de las comunicaciones, y más en concreto del teléfono, planteasen una situación de parálisis total.

La posibilidad de ponerse en contacto con cualquier lugar del mundo, de forma instantánea, de enviar por fax un diseño que se acaba de realizar, o, llegado el momento, de poder celebrar videoconferencias sin salir de la propia empresa, es algo que sale de manera recurrente entre los inmensos triunfos de las tecnologías de la información.

Nadie presupone que aquello no vaya a seguir haciéndose así de manera rutinaria. Lo que estamos contemplando nos indica lo contrario.

Uno de los tópicos más usados en estos años ha sido el de la descentralización conseguida gracias a las tecnologías de la Información. Una empresa puede tener el diseño de sus productos en EE UU, la fábrica en Corea, su principal cadena de distribución en Alemania y sus finanzas en Suiza. En teoría, la distancia no es problema gracias a los sistemas de comunicación entre todos sus centros.

Pero, ¿qué sucedería si las comunicaciones fallasen? Un par de semanas, con los centros incommunicados, puede conducir a la crisis total de cualquier compañía. Y para ello sólo sería preciso la no operatividad en cuatro o cinco nudos significativos de comunicaciones.

Evidentemente todo lo anterior no se aplica a todo el conjunto de la sociedad. Según me dijeron el año pasado en Moscú, cuando comentaba lo difícil que era comunicar con Madrid por teléfono, los centros de Defensa de la entonces URSS estaban perfectamente unidos entre sí, y no había ningún tipo de problema para comunicarse en cualquier lugar del planeta. Había dos sistemas de comunicaciones trabajando en paralelo: el civil y el militar. Es de suponer que, en otros países ocurra algo parecido y que, incluso, las grandes compañías tengan también sus propias redes de comunicaciones para evitar todo lo que aquí estamos señalando. Pero ¿qué le ocurre al ciudadano medio?, que está a merced de las estructuras normales para los comunes mortales y, como tal, se encuentra indefenso ante cual-

quier pequeña alteración que pueda sufrir su ritmo diario o sus costumbres establecidas. Las ventajas de la civilización se le tornan lanzas en cuanto algo falla.

Mucho se ha dicho de los problemas de la centralización burocrática que existía en los países del Este europeo. Pero apenas se ha dicho nada de la centralización que existe en los del Oeste. Y ésta se basa en la descentralización aparente de sus infraestructuras. Todo en principio, se encuentra disperso y separado y, al mismo tiempo, es posible hacer una misma cosa en más de un sitio. Pero la realidad es que si falla algún eslabón, todo se viene abajo.

Al mismo tiempo, y debido a lo anterior, han nacido al amparo de esa "descentralización" de infraestructuras, unos pequeños colectivos capaces de tener en jaque durante el tiempo que deseen al resto de la sociedad. El caso de los bomberos en Alemania, durante la última huelga mostró que un aeropuerto no puede dar su servicio habitual si aquellos no van, un día cualquiera, a sus puestos de trabajo. Los aviones no pueden aterrizar, ante el peligro de un accidente sin servicio de incendios.

Recuerdo el caso del aeropuerto de Zaragoza del que, hace ya algunos años, me contaron que si un avión llegaba más tarde de las 12 de la noche, debía aterrizar en Barcelona porque los bomberos del aeropuerto de Zaragoza se retiraban a esa hora. Aquello me sonó a totalmente celtibérico. Ahora he visto que también puede suceder lo mismo en cualquier otro lugar.

Fragilidad

Cualquier alto ejecutivo, de los otrora llamados "yuppies", se vanagloriaba de tener en su mesa diez teléfonos, tres faxes y cuatro ordenadores con correo electrónico, desde los que controlaba medio mundo. Su fragilidad, como puede intuirse, es mucho mayor que la de cualquier comerciante del pueblo más perdido de nuestra geografía, que sólo tiene una libreta en la que apunta lo que compra y lo que vende, y que su único contacto con el exterior es a través del mercader que le trae y le lleva los productos con los que comercia.

Todo el conjunto de tecnologías de las que tan orgullosos estamos ha conducido a una nueva forma de dependencia de la que apenas nos damos cuenta, hasta que algo falla. Vemos entonces que todo se ha construido sobre unos supuestos que, de cumplirse, se obtienen unos resultados pero que, si desaparecen, nos vemos incapaces de seguir caminando. Y también que, sin que nos percatemos, estamos más en manos de unos pocos que antes de que esas tecnologías llegasen.

Toda nuestra sociedad actual se ha estructurado sobre el principio del perfecto funcionamiento de unos cuantos secto-

res clave. Pero este hecho no es algo inmutable. En muchos casos la voluntad de unos cuantos quizá con toda la razón del mundo, puede conducir al caos de cualquier Estado. Y sin que para llegar a ese caos haya hecho falta la presencia de una mayoría de los ciudadanos del mismo, como era en épocas anteriores, sino tan sólo de unos pocos. El haber llevado a la tecnología al altar mayor de la devoción colectiva ha conducido a un germen de suicidio potencial en cualquier colectivo. No se han previsto los caminos alternativos y, con los razonamientos mecanicistas del siglo de las luces llevados a este fin de milenio se piensa que todo se moverá según las pautas que se han trazado de antemano. La tecnología es una solución, pero una solución con unos condicionantes que no se han considerado jamás.

He mencionado hace un instante el caos al que puede llegarse por el funcionamiento defectuoso de una mínima parte del sistema tecnológico de un país. Pero la realidad es que el caos es una de las cosas que, desde hace una década, empieza a conocerse mejor que nunca. La física y las matemáticas nos dan ya teorías concretas de qué es el caos y cómo se llega a él. O de cómo puede evitarse.

Sinrazón

Una persona a la que tengo en la mayor estima me decía hace unos días, que parece como si la razón estuviera conduciendo hoy al caos o, al menos, a la forma de interpretarlo conscientemente. Me preguntaba dónde podría conducir la sinrazón. Creo que hoy puedo contestárselo ya. "Si la razón conduce al caos, la sinrazón conduce a la fe ciega en la tecnología." Y aquí es en donde nos encontramos hoy.

Hemos depositado toda nuestra fe en el comportamiento inmutable y fijo de cualquier tecnología, pero no nos hemos dado cuenta de que, a la postre, siempre detrás de toda tecnología aparece el hombre. Y éste puede dar al traste con todo lo que descansaba sobre aquella. Toda la certidumbre que creemos está detrás de las nuevas técnicas es tan sólo una fachada. Su fortaleza es pura apariencia. Su fragilidad puede arrastrar consigo a toda una sociedad. En el "Hamlet" podemos leer "Fragilidad, tiene nombre de mujer". Shakespeare habría escrito hoy "Fragilidad, tienes la esencia de la tecnología". Es frágil, porque cada día su vida es más corta. También porque está asentada sobre arenas movedizas y, aunque no lo parezca, alguien puede aparecer para apartarla de nuestro camino. Entonces, todo lo que hemos construido sobre ella desaparecerá, al tiempo que nos sentiremos impotentes para impedirlo.